

Citas y collages

Este nuevo CD de la pianista y compositora argentina Graciela Jiménez, muestra, una vez más, el rico imaginario sonoro al que nos tiene acostumbrados su autora. Se trata en esta ocasión de una serie de 14 piezas breves que combinan, en títulos sugerentes y poéticos, todo un arsenal de colores y ritmos contrastantes, que nos traen reminiscencias de músicas de procedencias diversas, más artísticas unas, más populares las otras. En realidad se trata de 14 miniaturas musicales – algunas apenas sobrepasan el minuto – que no pueden ocultar su origen poético y que nos traen retoques stravinskianos en su tratamiento rítmico y ostinato, pinceladas expresionistas en sus diseños instrumentales, o evocaciones porteñas y populares en algunos de sus giros melódicos (**Tango A** y **Baguala**). Todas reciben un tratamiento instrumental diverso, aunque el piano forma el eje vertebrador de las distintas piezas, no como soporte armónico, sino como un instrumento colorista y percusivo más del conjunto. Las cuatro primeras piezas: **Indolencia**, **Pequeño vals vienés**, **Comprensible** e **Inexplicable** están destinadas a cuatro intérpretes que combinan instrumentos diversos de viento con piano; las tres intermedias: **En lugar de un prólogo**, **Caminos del espejo** y **Silencios** forman un bloque monotemático aparte destinado solamente al piano; y las cuatro últimas : **Los bailes nocturnos**, **Tango A**, **Ciudad Ausente** y **Baguala** están agrupadas en torno a cinco instrumentistas, que incorporan al conjunto saxos, cuerda y batería. La agrupación de la serie resulta, pues, muy bien pensada y equilibrada. Debido a la versatilidad de la plantilla instrumental empleada, a la brevedad de las piezas, al carácter a veces melodramático de alguna composición con texto (**El pequeño vals vienés**) y a la agrupación de las obras, no podemos por menos de recordar otros ejemplos precedentes de relieve, como el mismo *Pierrot Lunaire* de A. Schönberg o *Façade* de W. Walton, aunque en el caso de Graciela se haya optado generalmente por música sin textos.

El lirismo que rezuman algunas de estas breves piezas procede del momento ocasional para el que fueron pensadas: es decir, para acompañar pensamientos y poemas de autores diversos que tienen a la música como fuente de inspiración. Esto aparece claramente destacado en **El pequeño vals vienés** que evoca la añoranza del poeta García Lorca con melancólicos giros melódicos y ritmos contrastantes con los que los cuatro instrumentistas desgranar sus diseños rápidos y quebradizos. La rica instrumentación incluye flauta en do y en sol, oboe, oboe de amor y corno inglés, junto al fagot y piano, lo cual presta al conjunto una sonoridad rica y variada a la hora de parafrasear los versos del poeta. Sobre el ritmo ostinato y vienés del comienzo se elevan figuraciones que parecen avanzar y retroceder en movimientos especulares para dar forma a este “vals de quebrada cintura”. Una nueva versión de la pieza aparece como obra final del disco sobre el recitado del poema a cargo de Andrea Villarubia. Los versos recobran entonces nueva fuerza ampliados por el eco de la música, y ésta se torna más explícita por el poema que le ha prestado su sustancia más lírica y soñadora.

Igualmente la primera pieza, **Indolencia**, la pieza más larga de la serie, se aprovecha de los cuatro instrumentos: flauta, clarinete, piano y contrabajo para evocar y dar juego al título de la composición. Después de una primera parte alegre y vibrante, que hace desplegar giros y retoques más populistas en ritmos contrastantes, hay un corte en ostinato y aparece un tema tranquilo e “indolente” iniciado por el clarinete que se repite varias veces hasta desembocar en un diseño tetracordal descendente que se difumina repetida y perdidamente hasta la inesperada cadencia final. Las dos piezas siguientes **Comprensible** e **Inexplicable** han recibido también dos tratamientos diferenciados. En su segunda versión, al final del disco, aparecen coloreadas por la pequeña percusión de Miguel Zulaica, que naturalmente presta un toque más rico y colorista a la versión de los cuatro instrumentistas.

Inexplicable está instrumentada para oboe, corno inglés, clarinete, fagot y piano. Se trata en esta ocasión de una pieza menos juguetona que la anterior, con toques más serios y circunspectos que la hacen más abstracta y expresionista. Después de un primer bloque de notas repetidas en texturas homófonas recurrentes, aparece una parte lenta y calmada que se pierde finalmente en un nota larga,

como una interrogación que deja abierto el discurso musical.

Por su parte, **Comprensible**, para flauta, oboe, fagot y piano, está llena en un primer momento de contrastes, juegos rítmicos y pequeños ostinatos, que dejan lugar a una parte más lírica y tranquila.

Las tres piezas siguientes **En lugar de un prólogo**, **Caminos del espejo** y **Silencios** forman un contraste instrumental destacado con todo lo anterior. Se trata de 3 breves piezas para piano, especie de soliloquios reposados que hace descansar la mente y el oído de todo lo que le antecede: música al borde del silencio, reposada, intimista, al margen de toda arrogancia virtuosística, que permite cierta libertad rapsódica, que el pianista Antonio Simón Montiel sabe contener y liberar a partes iguales. **Silencios**, es la obra más larga de las tres, y en ella parece que el discurso va a alzar más el vuelo, aunque finalmente domina de nuevo el carácter intimista y el silencio vuelve a imponerse. La sugerencia de los poemas que les sirven de fondo está ambientado en una tesitura más calmada, lleno de lirismo evocador.

Las cuatro últimas piezas de la serie cambian algo de sonoridad y de ambientación por la incorporación de instrumentos nuevos que antes no habían aparecido: saxos, violines, violas y contrabajos que acompañan las pequeñas explosiones del piano, siempre presente.

Los bailes nocturnos (a partir del poema homónimo de Silvia Plath), muestra con su instrumentación de flauta, oboe, fagot, piano y batería una plasmación formal muy clara en torno a un tema recurrente que aparece en múltiples figuraciones al principio, para quedar luego en manos del fagot, contrapunteado por los breves y rápidos diseños de la flauta y los demás instrumentos que siempre giran en torno a ese tema central.

Tango A, para violín, viola, contrabajo, piano y batería queda en las manos casi exclusivas de la cuerda para homenajear, en su desnuda sencillez tímbrica, los requiebros del más famoso ritmo argentino. Los instrumentos juegan y dialogan en torno a un ritmo de tango vibrante que se hace más lírico en las cuerdas del violín con breves toques percusivos de batería y piano, en continuos requiebros de síncopas y desviaciones rítmicas.

En la **Ciudad ausente**, los saxos soprano y tenor van alternando sus melodías y diseños apoyados por la cuerda en un ambientación de calmada o rítmica melancolía, que evoca la nostalgia de alguna ciudad olvidada a la que los sonos jazzísticos de los saxos colorean de crepúscula tristeza.

Por fin, **Baguala**, para clarinete, saxo, fagot, piano y batería, vuelve a la sonoridad de las primeras piezas, en la que los instrumentos de viento eran los protagonistas. Las añoranzas de ese género musical argentino característico de la cultura andina con sus elementos populares queda disuelto en figuraciones abstractas que apenas dejan entrever el origen popular de la pieza. Un clima misterioso y exótico envuelve estructuras más abstractas y formales, en las que el saxo destaca a veces como solista hasta que se pierde en las figuraciones complejas que revelan la sustancia de una música alejada de todo adorno inútil.

Graciela ha sabido plasmar muy bien en este CD el significado de la palabra componer = poner juntos elementos distintos. En estas piezas hay un caudal de elementos diversos hábilmente combinados: formas sonoras de gran fuerza rítmica en continuo contraste tímbrico instrumental, bellas melodías que fluyen y se dispersan en el aire evanescente sugerido por los distintos instrumentos de viento, soliloquios pianísticos que nos evocan momentos de reposo, y especialmente formas y estructuras que nos recuerdan tanto a la música clásica de la primera modernidad musical en los albores del siglo XX, como a los motivos y ritmos del Jazz y de la música popular argentina, unas veces más cercana al *tango*, cuya añoranza Graciela lleva en las entrañas, y otras veces más diluida en pinceladas folklóricas de perdidas y antiguas reminiscencias, como en la *baguala*. Sin embargo, la fusión de elementos no quita merma al conjunto de la obra. Al contrario, hay aquí una exigencia y rigor que prestan altísima calidad artística al conjunto de las piezas, cuya validez queda garantizada por la inspiración de su autora.

La pequeña percusión agrupada en torno a la batería de Miguel Zulaica está muy bien dosificada y presta un bello matiz colorista a muchas de las obras. Me parece un logro a resaltar en esta clase de piezas.

El grupo instrumental, en el que la misma Graciela Jiménez destaca como excelente pianista, ha sabido desvelar a la perfección la fuerza musical de la compositora y presta una interpretación precisa y preciosista al conjunto transparente de estas bellas piezas que no pasarán desapercibidas al que se preste a escucharlas.

Se trata, en definitiva, de un producto agradable y de calidad que te atrapa inmediatamente y que sin duda ocupará un lugar destacado en el mercado discográfico de la música artística actual, un mercado que la mayoría se afana en no valorar, en un mundo tan marcado por la llamada música ligera, que te rodea frívola y machaconamente y que no te permite una escucha más intimista. Sólo me resta dar la enhorabuena a la compositora y a los intérpretes por este bello regalo musical que nos han hecho.

Prof. Dr. José M. García Laborda
Catedrático de Musicología
Universidad de Salamanca